

DE LAS CASAS DE PALOS Y RAMAS

Arquitectura tradicional de cubierta vegetal en España

Arquitectura y arquitectura tradicional

La Arquitectura es la respuesta humana a las necesidades de protección frente al medio ambiente. Se pueden complicar las estructuras hasta el infinito, pero siempre queda patente la necesidad de cobijo, de «alojamiento», como se ha definido en términos arquitectónicos. Así han sido muy variadas las soluciones del hombre en la construcción de estas estructuras, permanentes o no que le sirvieran como refugio, además de configurar un espacio simbólico, uniéndose muy estrechamente a los conceptos de propiedad y familia.

Este universo construido se remonta a la utilización por el hombre de las materias primas de cada territorio ocupado (preferimos emplear el término aquí de Paisaje) para realizar su casa. Desde el uso de las cuevas paleolíticas, que ya recogen el mundo simbólico del habitante, aunque no sean construcciones estrictas, a las primeras casas propiamente dichas, datadas con seguridad en el Paleolítico Superior. Con posterioridad las soluciones se complican. La aparición de los espacios comunales edificadas, con funcionalidades específicas y diferenciadas de las propias de hábitats, el urbanismo y la dedicación de espacios a la producción económica marcan quizás los inicios del variadísimo conjunto de construcciones que reconocemos hoy en día.

En la plenitud del desarrollo actual se han diferenciado dos grandes familias arquitectónicas:

– La Arquitectura que busca, mediante el diseño y el estudio de la forma, la perduración, renovación o creación de modelos constructivos de variadas funciones y con la práctica totalidad

JOSE MARTINEZ PEÑARROYA

Arqueoconsult

de los materiales disponibles. Por decirlo de alguna manera la Arquitectura Oficial.

– La Arquitectura Tradicional, la hoy denominada por algunos «La Arquitectura sin arquitectos», donde se repiten modelos surgidos en unos ecosistemas concretos, y por tanto con unos materiales determinados. Modelos adaptados a funciones y que conocen a través del tiempo una evolución la mayoría de las veces lenta, pero que responden a unas necesidades específicas.

Centrándonos en la segunda, es evidente su gran extensión, sobre todo en el mundo rural, donde se han mantenido las formas, asistiéndose hoy al debate de si con inclusión de nuevos materiales en las construcciones pueden seguir denominándose tradicionales. No obs-

tante existen cientos de miles de casas, corrales, molinos, hornos, etc... en los que priman función, formas y materiales, frente a otros elementos, como ocurre en los productos de la «Arquitectura Oficial».

Las cubiertas vegetales

En un análisis neoplasticista de un edificio este se descompone básicamente en planos y elementos. Los primeros son los cerramientos horizontales (techo y suelo) y los verticales (paredes), mientras que elementos serían los huecos de circulación e iluminación (puertas y ventanas) además de otros (decorativos, adicionales, etc...). Quizás de todos ellos el que ha recibido mayor atención por parte de los constructores, y últimamente por los estudiosos, ha sido el tejado. Y es cierto, ya que si bien la forma tradicional se repetía, con las variantes propias de la innovación personal de artesano, si

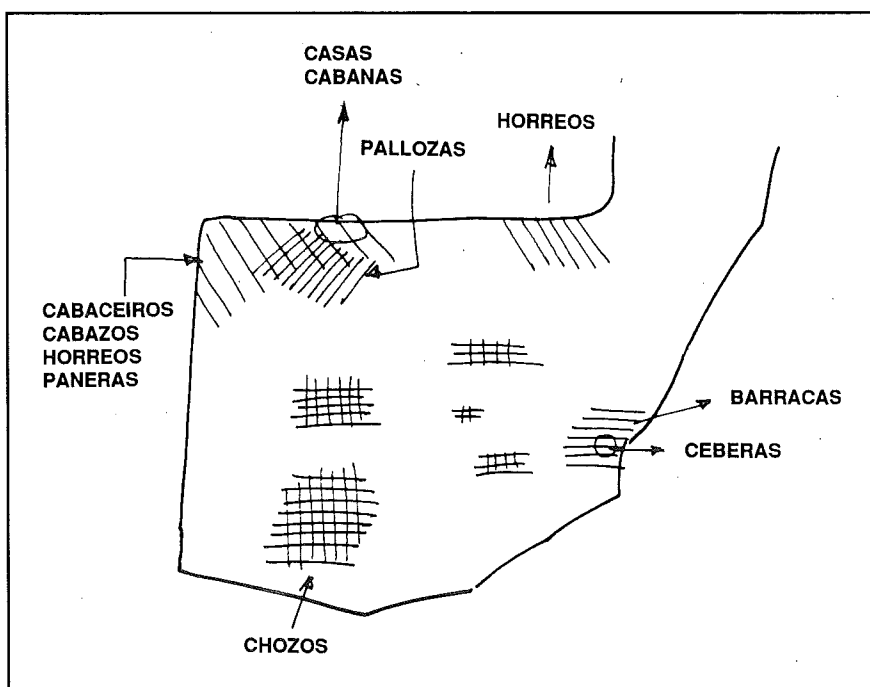


Figura 1. Arquitectura de cubierta vegetal. Distribución geográfica.

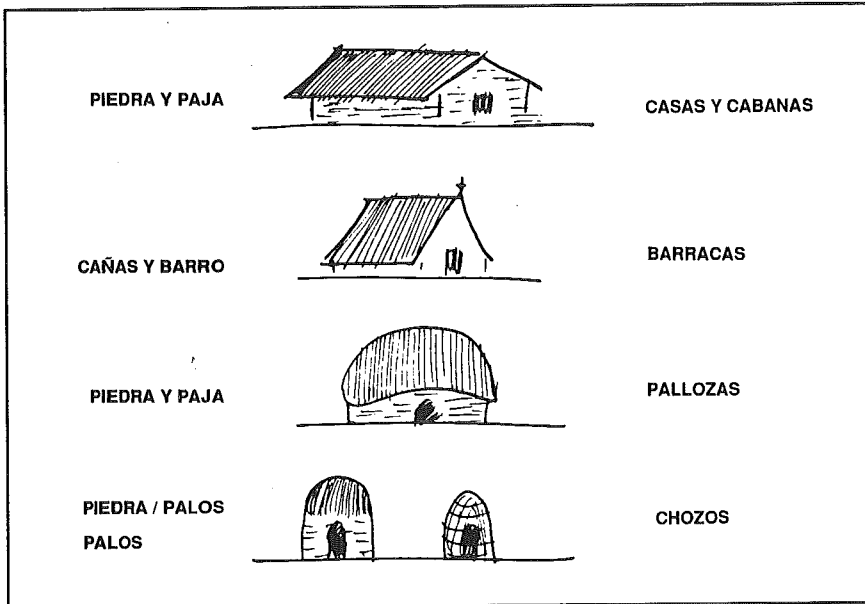


Figura 2. Estructuras vivienda agrícola-ganadera.

los materiales eran los mismos, el tejado es el que tiene que soportar directamente la climatología, agua, viento y nieve principalmente. Por ello su montaje (que no su reparación en muchas ocasiones) se encomendaba a artesanos especializados, que procuraban preparar el edificio para que cumpliera lo mejor posible esa función primaria de cobijo para la que era edificado.

Tenemos ejemplos en toda la Sierra Norte de Madrid, y en otras zonas de la Península Ibérica, de la construcción de casas con pizarra sin revoco ni argamasa, pizarra extraída de las inmedia-

ciones del emplazamiento, mientras que las techumbres se realizan con teja árabe, elemento que ha de importarse y que ha ocasionado siempre unos elevados gastos de transporte, este quizás sería el ejemplo límite de la utilización de esta teja árabe, junto a materiales autóctonos y sin transformar, pero lo cierto es su total dispersión por todos los rincones de nuestra geografía, como solución usual en la techumbre de edificios.

Però hay otras construcciones que no presentan esta teja árabe omnipresente. Por ejemplo los tejados planos (las terrazas o terrados) como los de las

Alpujarras o los de litoral mediterráneo, los que utilizan lajas de piedra (generalmente autóctona) como la llamada «Arquitectura Negra» de Guadalajara o los que tienen elementos vegetales como soporte de la cubrición. Y precisamente de ellos nos vamos a ocupar.

Ha sido relativamente sencillo adscribir a la Prehistoria y Protohistoria el origen de casas como éstas que tienen las cubiertas vegetales. La simplicidad de su forma, lo elemental de los materiales empleados, y la comparación con las numerosas casas documentadas en niveles arqueológicos, llevaron a pensar en una perduración de los tipos durante el tiempo:

«Otra muestra cultural de aquella presencia (mundo celta), totalmente desaparecida, hasta ahora, es la que se refiere a la influencia de la arquitectura de los castros celtas en las construcciones, sorprendentemente originales, de ciertos encerraderos de ganado cabrío, de los cuales podemos dar noticia ahora mismo; uno se halla emplazado en el paraje de los «Chozones» (Garganta la Olla) y otro en las «Macollas» (Jaraiz), aunque este último está ya en ruinas, al igual que un tercero que se halla en el paraje de los «Castillejo» (Guijo de Galisteo)». (GUADALAJARA SOLERA 1984: 25).

Però sin embargo no se puede hablar de una perduración a menos que gran parte del desarrollo diacrónico esté cubierto por la existencia de formas más o menos parecidas, cosa que es imposible mantener en todas las zonas geográficas analizadas. Por lo que podría plantearse una segunda hipótesis contrapuesta. Es decir la existencia de edificios, de formas más o menos iguales que otros muy anteriores en el tiempo, pero ubicados en la misma zona geográfica, puede llevarnos a pensar en el desarrollo de soluciones parecidas en ecosistemas básicamente iguales, con lo que estaríamos rayando peligrosamente en el determinismo.

Lo cierto es la existencia de una serie de edificios de varia-

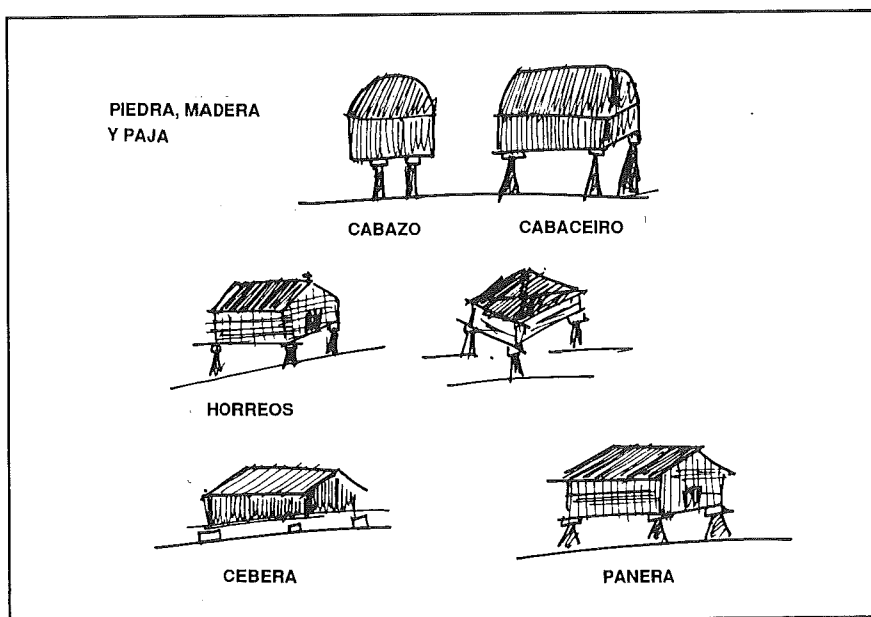


Figura 3. Estructuras agrícolas.

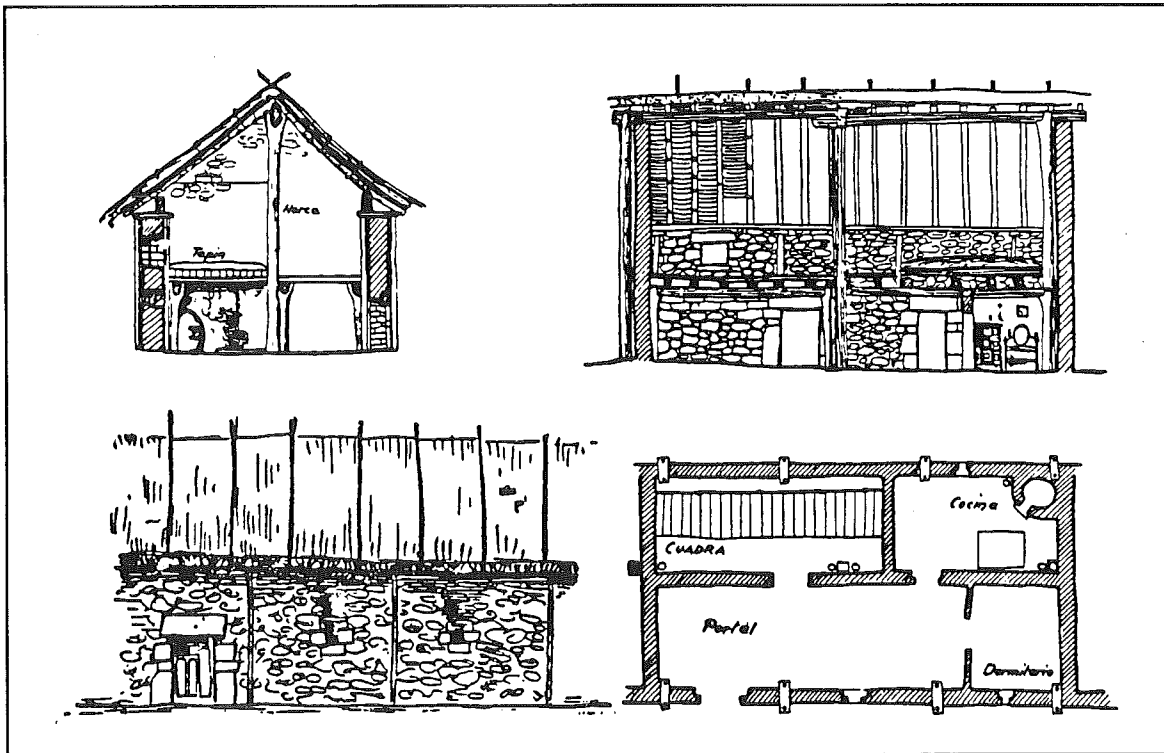


Figura 4.
Cabana.
Según
C. Flores
1978. Tomo
I, p. 31.

das tipologías y fines, que quedan unidos por tener como techumbre elementos vegetales (sería más propio el término de orgánico) autóctonos. En un primer esquema podríamos dividirlos así, (nombre, función, localización):

- Cabanas: vivienda, almacén; Galicia, Asturias, León.
- Barracas: vivienda, almacén; Levante, Murcia.
- Pallozas: ganadera, vivienda; Galicia, Asturias, León.
- Chozos: ganadera, agrícola, vivienda; Extremadura, Levante, Andalucía, Castilla.
- Horreos: almacén; Galicia, Asturias, Navarra, León.
- Paneras: almacén; Asturias.
- Ceberas: almacén; Levante.

Describimos a continuación cada uno de estos ejemplos, tanto en sus aspectos formales como constructivos, si bien en esta primera aproximación no se analizará ninguna relación con los constructores y habitantes de aquellos.

Casas con techados de paja: Las cabanas

Son básicamente construcciones de piedra con techumbre de paja. En ocasiones tienen dos

plantas con entramado de madera y recubrimiento de piedra, recibiendo el tejado sobre pies derechos y no sobre los muros. La cubierta es a dos aguas de pronunciada pendiente. Está compuesta por pares de madera sobre los que apoya un forjado hecho de ramas de roble, denominado «zarzos» y sobre ellos haces de paja de centeno, llamados «cuelmos». Para sujetarlos se les coloca encima las «aspras» que son varales de madera de haya. El interior suele estar dividido por un muro longitudinal de mampostería. La puerta suele colocarse a uno de los lados más grandes del rectángulo que forma la planta, siendo bastante grande y con dinteles monolíticos o de sillería. En la planta baja se sitúa un portal enfrente de la puerta e inmediato al mismo la cuadra y a su derecha el único dormitorio familiar. Entre los dos se sitúa la cocina, con un techo de vigas que protege la techumbre de posibles chispas. La salida de humos se hace por una ventana. En la cocina también suele haber un horno. La segunda planta, que en la mayoría de las ocasiones es sólo el espacio entre el techo de la planta baja y la cubierta se suele utilizar de

pajar, por lo que se disponen varias pequeñas ventanas.

Si estas construcciones formaban parte de los pueblos, alineándose en calles regulares, existen otro tipo, diferenciadas apenas por su emplazamiento, que son las viviendas construidas por los Vaqueros de la Alzada en las «brañas» o lugares de pasto de verano. Las más antiguas tenían el techo de pierno o escoba. Planta rectangular y techumbres muy inclinadas. En la esquina presentan una pequeña habitación para la cocina y el espacio para dormir, estando el resto separado por tablones de madera, usándose para cuadra. Suelen ser viviendas estacionales que ya no se utilizan. Se extienden estas construcciones por el oriente de la provincia de Lugo, el sur de Asturias, el norte de León. Degaña (Asturias), Riaño y Burón (León) son los mejores ejemplos. En cuanto a brañas bien conservada se halla la de La Pornacal, perteneciente a Villar de Vildas (Somiedo), con 36 ejemplares. En Somiedo se puede ver la braña Mumian, del Couto de Buena Madre, cerca de Pola de Somiedo, con 30 cabanas. (BURDALO ET ALII 1986).

Las casas de cañas y barro: Las barracas

Dos son las clases de barraca que tenemos que distinguir en cuanto a forma y materiales: La barraca valenciana y la barraca murciana. La primera, que aún perdura en numerosas manifestaciones, ha perdido bastante el significado de vivienda que tenía hasta hace unos años, aunque continúen algunas habitadas en la actualidad. La barraca murciana es hoy ya una auténtica pieza de museo, habiendo perdido toda la funcionalidad y significado que tuvo hasta hace unos veinte años.

La barraca valenciana

Constituye la vivienda más difundida durante muchos años en las zonas de la Huerta Valenciana. Su origen, según Caro Baroja se remonta a épocas prehistóricas y a continentes tan dispares como Asia, Europa o África, estando la presencia en el Levante español ligada a los antiguos huertanos musulmanes. Se caracteriza por tener las paredes de barro y la techumbre de materiales vegetales. Su momento de mayor expansión es el siglo XIX, quedando hoy pocas por la transformación de tipos y materiales en la construcción y por los riesgos de incendio que comportan. A principios de siglo se puso en marcha una ordenanza que prohibía construir las por la cantidad de incendios que se producían en las mismas.

Solían ubicarse en terrenos pequeños y con un sistema de regadío que exigía la presencia continuada del campesino. Los materiales usuales eran la tierra arcillosa, cañas, madera de chopo y morera, paja o broza. Las paredes se hacían de adobes, llamados «gassons», formados con barro arcilloso y cáscara de arroz. Generalmente se tenía mucho cuidado con la barraca, encalándose los muros dos o tres veces al año y restaurando las zonas deterioradas con pelladas de barro. El piñón o remate triangular de la fachada no era más que un tabique de cerramiento hecho de cañizo, también revestido de barro. El remate aparece con una cruz, como las barracas murcianas, hecho que C. Flores menciona que se remonta a la expulsión de los moriscos, para hacer notar que los habitantes de la barraca eran cristianos. La planta siempre es rectangular, con los lados más cortos como fachadas principal y posterior. La puerta se sitúa a un lado de la fachada principal. La planta presenta un pasillo, al que dan todas las puertas de las habitaciones. Al principio del pasillo arranca la escalera de madera para subir a la andana, desván con piso de cañas, para guardar gusano de seda y parte de la cose-

cha reservada para la siembra. La puerta se suele situar al Este, abriéndose un par de aspilleras para ventilar el interior de la andana. Con frecuencia delante existe un emparrado o higuera para dar sombra. A veces junto a la barraca vivienda hay otra más pequeña, construida en paralelo, dedicada a cuadra y cocina. También puede haber otra sin fachadas para resguardar el carro, un banco se mampostería adosado a la fachada, horno de pan, noria, pocilga y corral, cebera, etc... elementos más propios de la barraca rural y no de la urbana.

Su expansión abarca desde el Delta del Ebro a la Huerta de Orihuela (Barraca Murciana, que por tener otras características veremos separadamente). En la zona central valenciana pueden encontrarse hoy día en el Saler, en El Palmar y en la Albufera. Las hay con bloques de hormigón y techo de uralita, con lo que se han transformado los materiales, pero no la forma básica.

La construcción de la barraca la solía hacer el obrero especializado o «barraquer». Se comenzaba con la excavación de una zanja de medio metro de anchura y casi la misma profundidad, marcando la planta. Los troncos de los muros sostenían una carrera o viga horizontal (cadorsa) a la que iban clavados

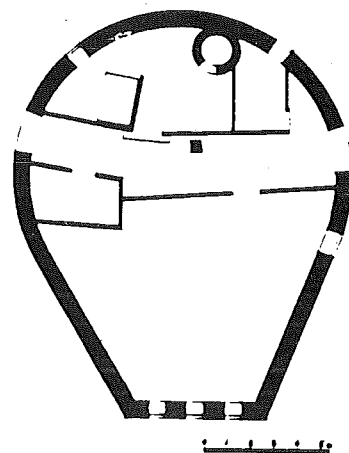
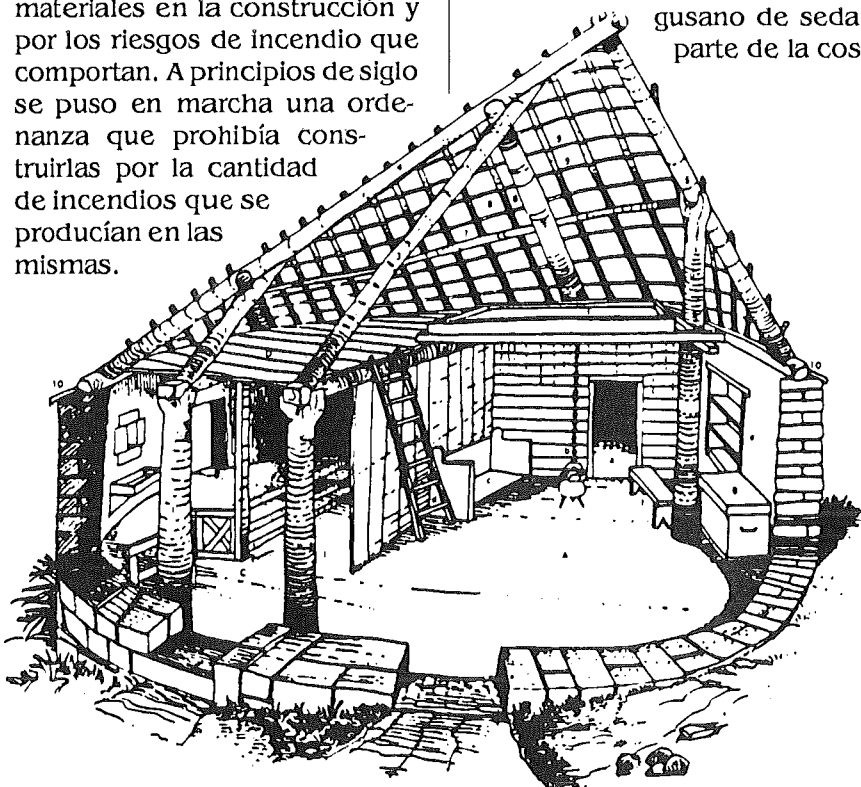


Figura 5. Arriba, planta de palloza. Feduchi, 1972. Tomo I, pág. 79. Fig. D-23. A la izquierda, palloza. Folleto exposición «Los Ancares», 1987.

los pares (costelles) que hacían la armadura y los tirantes que servían de viga al piso superior (andana). Sobre los tirantes se colocaban cañizos para soportar los productos poco pesados de la cosecha, aunque también se hacía un pasillo de tablas (costera). La fijación del tejado (cañas y brozas) sobre la estructura de la cubierta comenzaba por la parte inferior, en saledizo (polsera), que constituía el vuelo del alero, hasta llegar a la arista (carena) del ángulo diedro formado por las dos vertientes. Las fachadas eran construidas como las paredes laterales hasta la altura del dintel de las puertas, a partir de lo que sólo hay cañizo con barro (penal) y las aspilleras.

Pocas son las diferencias apreciables de las barracas del Delta del Ebro (prov. de Tarragona), sino señalar la existencia de un tejado de paja a dos vertientes, unidas a veces por una línea de teja árabe acanalada. A veces son simples depósitos de aperos o productos agrícolas. Otras como las valencianas son viviendas, con menos habitaciones que aquellas. Por lo tanto la dimensión de almacenaje diferencia a algunas de estas barracas de las valencianas.

La barraca murciana

Sus orígenes parece que se remontan al siglo XV, aunque su momento de mayor difusión fue en el XIX en la Vega del Sangonera y en la Vega Baja del Segura. En el Museo de la Huerta de Alcantarilla se conserva una barraca de «Atobas», la única que queda en la Huerta Murciana. Quedaban algunas en 1968 en los alrededores de Beniel, hoy ya destruidas.

De clara influencia valenciana, aunque menos consistente y de distribución más simple. Las lluvias escasas son torrenciales en esta zona por lo que el tejado se inclina, aumentando así el volumen de aire en el interior. La fachada principal se orientaba al Mediodía con puerta y una ventana y a veces dos. El lado mayor medía unos 8 metros por 5-6 los menores. La manera de construir

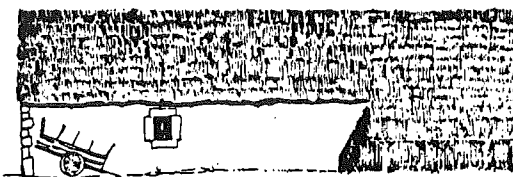
los muros admitió una triple solución, que ha venido a caracterizar los distintos tipos de barraca murciana:

- La de atobas.
- La de testeros.
- La mixta.

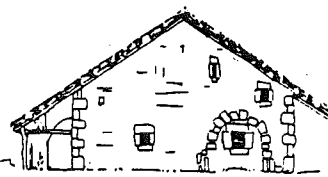
La de Atobas (barro mezclado con paja y secado al sol) era el tipo más corriente y también de las familias mejor situadas económicamente. Para conseguir las atobas se hacía un agujero, que serviría a los futuros habitantes como estercolero, en el que se echaba agua y paja. Una vez secos se apilaban cubriendo las pilas con carrizos para protegerlos de la lluvia. Para construir los adobes se trataban con barro, enlucándose con yeso. Los dinteles eran de madera de morera, albaricoquero o higuera, al igual que los barrotes de las ventanas. Al alcanzar las paredes los dos metros o dos y medio se cruzaban las vigas de madera que servirían de durmientes al

suelo de la andana. Se ataban con sogas de esparto y cañas gruesas que se trataban con manto de barro, enlucido a veces con yeso. Con el mismo procedimiento se cubría el suelo, que a veces era sólo tierra apisonada.

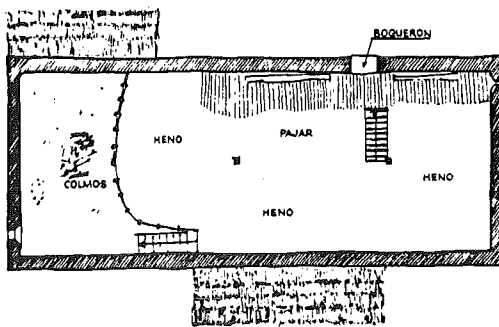
La cubierta era la parte más delicada de toda la construcción que exigía un artesano especializado. Entre los dos vértices se tendía una viga lomera, desde las paredes laterales que hacían de base se cruzaban los frágiles palos de cibarones de chopo, (pocas veces de pino y a veces hechos atando varias cañas ligeras), cruzando sobre ellos cañas, que se sujetaban con cuerdas de esparto. La parte más esencial era «el mantear con paja o sisca», empezándose por la parte del alero, el lugar de «la polsera» y para darle solidez se tejía con paja de trigo larga. Sobre esta primera fila y atada a una caña paralela a la dirección



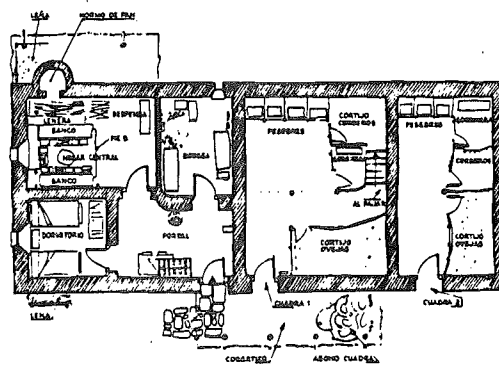
ALZADO LATERAL



ALZADO FRONTAL



PLANTA ALTA



PLANTA BAJA

Figura 6. Casa en Los Espejos de la Reina (León). C. Flores, 1978. Tomo I, p. 34.

de la lomera se colocaba una segunda, y sobre esta otra que se iba solapando. «La lomera era lo que más se protegía.. era la base de la vida de la cubierta, para darle más resistencia se la cubría con una cubierta de carrizos finos.» (ARAGONESES 1967).

A veces se usaba como cubrición el «albardín» una especie de esparto fino. Encima de la fachada principal se solía colocar una cruz. En esta fachada se colocaban unos poyetones de obra, que servían para distintos usos.

Se dividía en las siguientes partes: entrada, alcoba y piso superior (sotre o andana) donde dormían los hijos, se almacenaban los útiles de la cría del gusano de seda y algunos productos de la cosecha. La existencia de tan poco espacio para el almacenaje se debe a las dificultades de conservación de los productos de la huerta. Otras sólo tenían las divisiones hechas por sábanas colgadas del techo. Otra de las diferencias entre la barraca valenciana y la murciana es la existencia de chimeneas. En Murcia, de mejor clima, se solía realizar la vida fuera de la barraca en todo el año, excepto en invierno que se hacía en la entrada. A veces existía un fogón en este lugar, cerca de la puerta, pero nunca se daba la presencia de chimeneas. Las barracas más pobres sólo tenían una estancia que servía para todo. Existían otras construcciones anejas a la barraca, como la barraqueta, gallinero, cuadra y horno, semiesférico y de base cilíndrica.

La barraca de testereros apenas difería en aspecto exterior de la de atobas ya descrita, aunque sí en la de la estructura de sus muros y su distribución interior. Los muros eran entramados de madera y cañas recubiertos de barro y solía tener una sólo estancia.

Manuel Jorge Aragoneses nos describe su construcción (1967:48):

«Para levantarla se empezaba por clavar en el suelo los laeros, pies verticales de madera, de

morera u otro árbol de la huerta. Sobre ellos —generalmente cuatro por costado en la barraca de una sólo habitación— corría enlazándolos en su parte superior, una rama larga de la misma madera, chopo o pino, a veces de varias ramas empalmadas. Sobre esta la corredera, —la laera— se armaba la cubierta, con los mismos elementos y forma que en la de adobes. Pero existía el problema de colocar la lomera, sostén de todo el elemento. Para eso era preciso tender la «caena», palos transversales que unían los laeros y permitían ir sujetando la corredera que había de formar la lomera.

Precisamente para simplificar este problema, surgió el tipo mixto: barraca con fachada y contrafachada a atobas y laterales de testereros».

Las casas redondas de piedra y paja: Las pallozas

Presentan muros de hasta un metro de espesor y nunca más de 2 metros de altura. En la planta predomina la línea curva, desde la circular, según algunos autores más arcaica, hasta la oval, elíptica, elíptica truncada o simplemente rectangular con las esquinas redondeadas, siendo esta la tipología más avanzada. La estructura de la cubierta (siempre inclinada) es de madera, con paja de centeno llamado «colmo» que es buen aislante térmico e impermeabilizante. Para asegurar la cubierta vegetal se sujeta con cinchos de paja trenzada, bien toda o bien las partes más altas. Los huecos son pocos y pequeños, una o dos puertas, si se diferencia la entrada de ganado, y dos o tres oscuros ventanucos. Se afirma que en las más arcaicas no hay diferenciación de espacios, mientras que en las más evolucionadas se divide el espacio por un muro de mampostería que rara vez llega al techo, llamado «estravariza». El suelo es de roca, sin estar alisado ni trabajado. La zona de vivienda tiene suelo de losas de piedra,

hecho sobre el natural a nivel más bajo que la cuadra y el gran pasillo. La techumbre se sujeta en un soporte central sobre el que apoyan dos grandes rollizos inclinados, que apoyan también en otros secundarios y éstos en los muros. Sobre estos cabrios y sobre el muro perimetral apoyan rollizos que sustentan el resto de la cubierta (FEDUCHI 1972),

Por su centro pasa un distribuidor o pasillo que une las dos grandes puertas y separa la vivienda de la cuadra. En el espacio destinado a vivienda y aprovechando el desnivel del terreno sobre el que se asienta la palloza se coloca el lar, el horno y los cuartos de dormir, que a veces están separados por medio de tabazón. En otras construcciones también existe una «barra», espacio entarimado situado sobre la estravariza, y que sirve como almacén de paja para el ganado y depósito de leña, aunque también puede utilizarse como cuarto para dormir.

Se conservan en la vertiente este de la Sierra de Los Ancares, en las aldeas de Piornedo, Donís, Viñarello, Moreira, Pando, Xantes y Poso. En la aldea de O Cebreiro (1250 m/s/n/m) cerca del puerto de Piedrafita (a 2 km. de la carretera Madrid-La Coruña) se conservan cinco pallozas, de las veinte que tenía a principios de siglo, ninguna de ellas habitada y una convertida en museo etnológico. Otro ejemplo que responde a la tipología de la palloza gallega (planta redonda) es la que se encuentra en San Clemente de Ibias, bastante deteriorada, lindando con Lugo y León. En uno de sus lados y separados por tabiques de madera se hallan la cocina y el horno, el resto dedicado a los animales.

Las casas de palos: Los chozos

Reune unas condiciones de habitabilidad escasas y fueron usados como refugio temporal de pastores y labradores, a veces como vivienda permanente. En otras ocasiones forman parte de una finca de labor y eran utiliza-

dos por los trabajadores de la misma. Suele ser característica la portabilidad relativamente fácil de los chozos y tener la planta circular, aunque los hay rectangulares, y un perfil cónico generalmente construidos íntegramente con elementos vegetales.

No obstante existen otros tipos hechos en piedra. Son casas redondas de unos cuatro metros de diámetro e incluso dos metros de altura, construidos con los materiales de cada zona, unidos con cal o barro y arena. Frecuentemente el techo es de falsa cúpula con un orificio en el centro. En caso de lluvia el hueco se cierra con una placa de piedra. Se recubre la falsa cúpula con barro para impermeabilizarlo. En otros casos la cubierta puede ser también de rollizos de madera y paja de cereales o ramajes. Vamos a tratar los chozos extremeños y los andaluces, quizás los mejor documentados, aunque existen en muchas regiones, incluso en la provincia de Madrid (NAVAJAS 1983), por ser una solución sencilla y económica en el hábitat ocasional.

El chozo extremeño

Quizás el chozo extremeño sea el mejor conocido, por los estudios de Hasler (1966) y otros (QUADALAJARA SOLERA 1984, HOYOS SANCHO 1985), y básicamente nos referiremos a ellos para las descripciones de los mismos:

La estructura podía hacerse bien fija o bien móvil, siendo el revestimiento exterior de piedra, ramas de roble, helechos o retamas. La cubierta se resolvía usualmente por la aproximación de los «remos», apoyados en forma de horquilla en la parte superior o por la superposición de piedras en falsa cúpula. Una loseta, un fragmento de tinaja o el llamado «moño» (conjunto de aros superpuestos de sauce que servían de refuerzo a la unión a los remos).

Vemos los siguientes modelos localizables en la geografía extremeña:

- Tipo 1: Cubierta de falsa

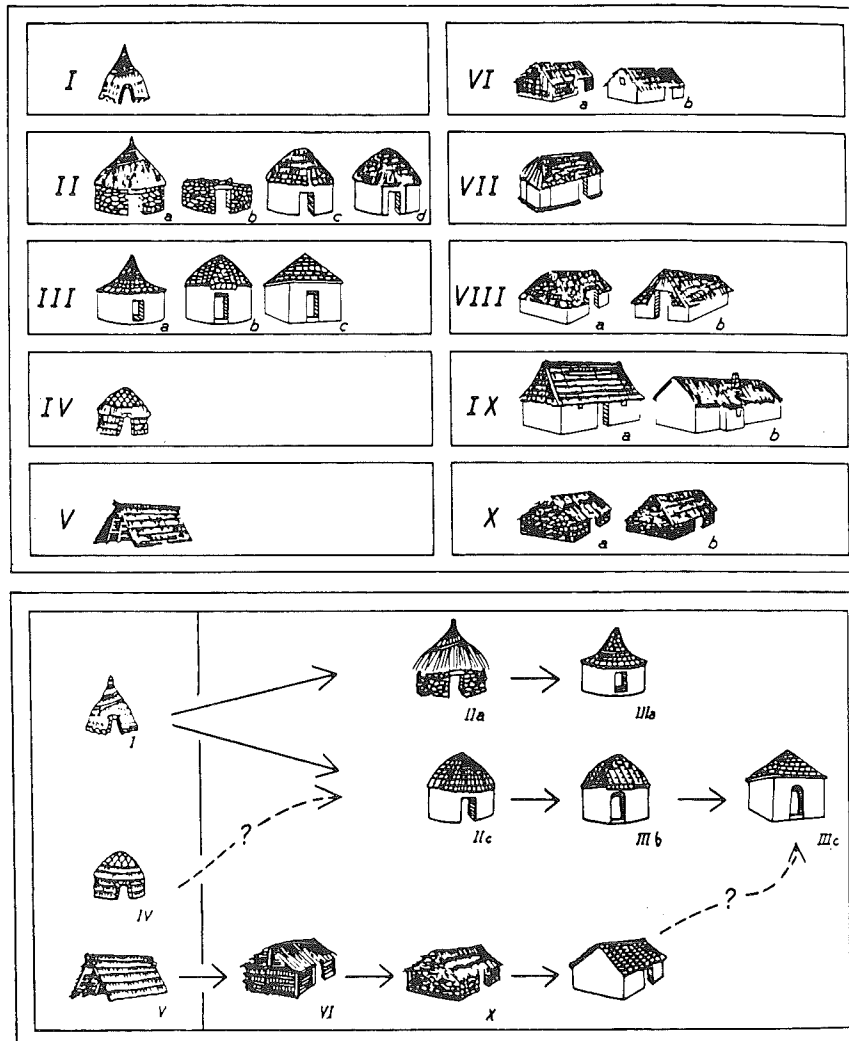


Figura 7. Chozos: evolución y tipología. Según Hasler, J.A. C. Flores, 1978. Tomo I, p. 527.

cúpula.

- Tipo 2: Cubierta de pizarra.

- Tipo 3: Llamado «bardo» y «choza de horma», por el refuerzo de pared que le sirve de base. Usado principalmente para el cobijo del ganado.

- Tipo 4: Su arquitectura se reduce al montaje de unos palos, que previamente deben ser curvados, dando la vuelta como unos meridianos; construida esta matriz se procede al trenzado de otros palos que van a buscar la cúpula, o su apoyo necesario, y que a su vez deben servir de apoyo a los que horizontalmente se superponen de abajo hacia arriba. Dado que el diámetro de la base viene a tener la misma longitud que la altura del chozo, su forma exterior es más ovoide que coniforme. Estas son las 4 fases de construcción:

a) El trazado y confección de

los cuatro aros soportes de la cúpula.

b) Colocación de los tensores, o palos transversales.

c) Colocación de las varas horizontales.

d) Formación y colocación de la puerta.

- Tipo 5: Es el que corresponde al modelo más generalizado, aunque también presenta sus variantes, según se quiera para un punto fijo y definitivo junto a la majada, en la ladera de la montaña, o variable; en este último caso se construyen cuatro módulos independientes, «portones», en forma triangular, para hacerlos más fácilmente transportables sobre las caballerías. Eran muy abundantes a lo largo y ancho del Alagón y zonas de rastrojeras, en donde eran muy viables estos modelos desmontables. Sobre las laderas de

montaña solía presentarse agrupado en formaciones de cuatro y mas unidades.

- Tipo 6: «Chozo de Nuez», es una evolución mas perfecta de la vivienda del pastor; se localiza en el área de Talaván y alrededores, ya que estos pastores de Talaván eran quienes llevaban la fama de buenos constructores, pero los cabreros no llegaron a imitar este modelo, por lo tanto se trata de un tipo de vivienda del pastor de ovejas, que reúne mejores condiciones: se separa el espacio del matrimonio del de los hijos, y para la cocina (el fogón del caldero, sartén o puchero) se reserva el espacio central, un medio metro mas elevado.

El suelo se aísla y cubre con lanchas de piedra, para conservar mejor el calor, y la cubierta superior que da hacia fuera se rellena con paja de centeno o bálago, bien sujetos en un entrelazado reticular muy sólido.

El esqueleto del interior se dispone en forma de un entramado de varas, hasta construir unas pequeñas bóvedas perfectas, que al exterior ofrecen tres superficies convexas para que el agua de lluvia escorra fácilmente». (GUADALAJARA SOLERA 1984:101).

Aunque existían variantes en cuanto a la construcción de los chozos, y como hemos visto los tipos 1 y 2 tenían sus cubiertas de piedras, la disposición de útiles en su interior era muy parecido. En el exterior del chozo se ponía el «jorcón», para colgar instrumentos. A fin de desviar las aguas de la lluvia, alrededor se hacía una pequeña reguera. El espacio interior tenía un excelente aprovechamiento; si se trataba de una vivienda personal, el camastro, apoyado sobre lecho de palos, los cuales a su vez descansan sobre el firme enlosado del suelo; junto a él podía encontrarse un taburete de madera; sobre un lateral no podía faltar un estanque para los quesos y la carne sazónada. Si se trataba de un conjunto de chozos familiares, entonces se construían unos tipos específicos, mas reducidos de tamaño, en función del uso dado: está el

chozo «gallinero», de habitáculo complementario, junto al chozo «quesera», habilitado para los fines que sugiere su propio nombre.

Los lugares más característicos donde se conservan en Extremadura son:

- La Sierra de Gata donde reciben el nombre de zahúrdones.

- Ahigal donde aparecen agrupados y tienen un carácter más primitivo, llamándoseles murus.

- Agrupaciones en las proximidades de Usagre «chozones», a veces aparecen en unión tangencial, precedida de una especie de corral rectangular. (BURDALO ET ALII 1986).

Los chozos del Sur

Pero no sólo cabe mencionar la existencia de los chozos extremeños, que son los mejor conocidos, pero no los únicos. El resto de los que conocemos varían de las plantas redondas a las rectangulares, pero todos tienen las características de su movilidad y su cubierta vegetal autóctona. No incluimos en esta descripción los de cubiertas de falsa cúpula de materiales pétreos, como los bombos manchegos, de los que hay numerosos ejemplos en toda nuestra geografía.

En Sierra Morena, zona tradicionalmente ganadera y utilizados por pastores se hallan chozos de planta circular y cubierta cónica y se arman sobre estacas verticales que rodean la fábrica, a unos 40 cms. de la piedra en seco, y se cubren con una elemental carrera horizontal a una altura de 1 metro, salvo una de ellas que sirve de puerta; a ellas se unen las generatrices de palos que forman el cono, que se atan entre sí a otro palo en la parte central de la choza y que sirve de apoyo a la cubierta. La cubrición es con jara.

En la Laguna de la Janda (Cádiz) entre Tarifa y Barbate, campo de Bolonia, tienen la planta rectangular, muros muy bajos de piedra en seco, con cubierta a dos aguas de ramajes de jara. En la Provincia de Cádiz

había otros en Jeréz, Arcos, Toros, La Florida, con cubiertas dos aguas, techumbre de juncos o enea. También existen ejemplos en la provincia de Córdoba, y al parecer levantados en la época de Carlos III.

Existen chozos de pescadores de semejantes características en la costa de Málaga. Presentan la cubierta con un caballete de cambra o palo más o menos enderezado, en el que se apoyan los parecillos atados y cubiertas generalmente de enea. Unas piedras forman el hogar.

Paja y madera: Los hórreos

La serie de construcciones que vamos a ver a continuación se inscriben en la categoría de edificios auxiliares, que suelen formar parte de conjuntos, tanto rurales como de núcleos de población en diseminado. Suelen presentarse en todo el Norte peninsular, con la excepción de las Ceberas características de Valencia. Su mayor incidencia está en Galicia y Asturias, aunque penetran al interior en comarcas de León, si bien esta es una zona de frontera, que participa de las características del Paisaje de las zonas mencionadas. Hemos separado su exposición por presentar diferencias formales bastante acusadas.

El hórreo gallego

Junto a las viviendas rurales gallegas se sitúan una serie de construcciones auxiliares como son:

El Alpendre: Para guardar el carro y los aperos.

La Palleira: Para la paja y la leña.

La Corte: Establo.

La Adegá: Bodega.

El Forno: Horno.

El Muíño: Molino.

El hórreo es la más característica y de la que se dispone de más información (BAS LOPEZ 1980 a y b; FRANKOWSKI 1918 con reciente reedición en la Editorial Itsmo. MARTINEZ RODRIGUEZ 1979).

Está casi exclusivamente dedicado a la conservación del

maíz. Soluciones bastante parecidas, aunque se pueden distinguir:

– Hórreo de ramas entrelazadas y planta circular o alargada. El primero llamado cabazo, es la forma más primitiva del hórreo gallego, se conservan pocos ejemplares. Carece de puerta, con lo que hay que levantar el techo o «romper» la pared para llenarlo.

El segundo se llama «cabaceiro» es muy similar, variando la planta que es rectangular, con lo que se considera una evolución del primero.

– Hórreo de madera. Los más abundantes hasta la introducción de la piedra en la construcción en el siglo XVIII. Ofrecen gran variedad de elementos de sustentación y de cámaras. Domina la planta rectangular y tienen granero construido a base de tablitas colocadas verticalmente. La cubierta según zonas es de tejas o pizarras.

A veces presentan cubrición de «colmo» (paja), soliendo ser a dos aguas.

– Hórreo de piedra. Más posterior y más evolucionado. No presentan cubiertas vegetales.

Hórreos asturianos

Son los más famosos, y también quizás los más documentados.

Las diferencias según las zonas en los hórreos de Asturias no se aprecian en la estructura básica, sino en los materiales de la cubierta, las proporciones o la decoración. Construcción de planta cuadrada, con techumbre a cuatro vertientes y construida totalmente en madera, con pilares sobre los que descansa el granero (de piedra, los más primitivos de madera). Cubiertas de teja, pizarra o paja, según las zonas pueden presentar una despensa, pudiendo encontrarse su interior dividido. Se trata de edificaciones montables y desmontables y en las que no suelen aparecer clavos metáli-

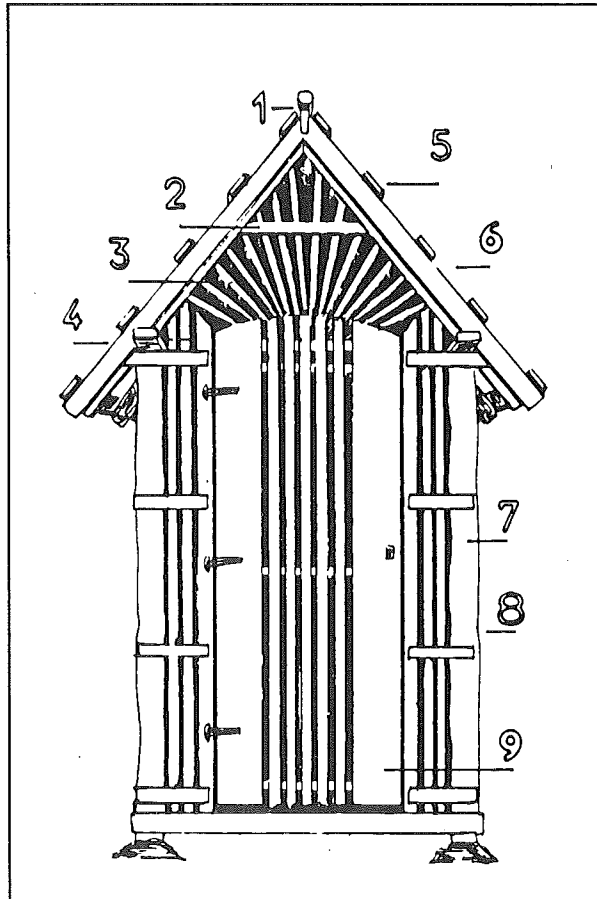


Figura 8. *Cebra levantina*. Seijo, 1979, p. 27.

cos. Se tiene constancia de la existencia en la actualidad de unos 20.000 hórreos.

Para la cubierta se utiliza:

– Paja de centeno, denominada «teito».

– Paja de escoba o pierno. Se conservan mejor que los anteriores, y prácticamente aparece sólo en los existentes en los Consejos de Somiedo y Teberga.

La de Teito se estropea más y debe ser reemplazada cada ciertos años y actualmente la escasez de centeno y la de «teitadores» hacen más difícil la conservación.

Se han catalogado recientemente sólo en Asturias unas 500 construcciones de cubierta vegetal entre las que se encuentran unas pocas viviendas. Entre los Consejos de Somiedo y Teberga, hay unas 300.

Pero no sólo están siendo estudiados sino también protegidos. El Decreto Ley de 1973 otorga la categoría de monumentos a todos los hórreos, paneras y cabazos existentes en nuestro país que tengan más de un siglo de antigüedad, no se

pueden cambiar de lugar, ni introducir modificaciones en su estructura sin autorización previa. «Paralelamente se ha confeccionado un inventario de construcciones de techumbre vegetal, como primer paso para articular una política adecuada de la protección de estas muestras de arquitectura arcaica asturiana, amenazada no sólo por el paso del tiempo y el abandono, sino por la escasez de materia prima y los especialistas capaces de utilizarla, lo que acarrea el peligro del uso, más fácil de la teja o la pizarra, cuando no, como ya ha ocurrido, de la uralita». (BURDALO ET ALII 1986).

Hórreos navarros

Navarra conserva los hórreos más orientales de la Península. Tiene veinte en pie, con 14 en el valle de pirenaico de Aézcoa. Planta rectangular, paredes de mampostería, generalmente enlucidas, sobre pilares. La cubierta es a dos aguas, existiendo todavía algún ejemplar con el tejado de tablitas, que era la solución más común antes. Tienen el interior compartimentado, con un pasillo.

El más famoso es el Irachera, en pleno corazón de la Valdorba. Data de finales del siglo IX y se relaciona con el prerrománico asturiano. Puede tratarse de una construcción religiosa, adaptada posteriormente como hórreo. También existen en los pueblos de Orbiceta, Orbara y sobre todo en Aria. En el País Vasco quedan apenas un par de docenas de hórreos, pero no tenemos noticias de que existan cubiertas vegetales en los mismos.

Las paneras

La introducción del maíz en el siglo XVII, y por tanto el incremento de la producción agrícola, produce la aparición del corredor en el hórreo para el seca-

do de las mazorcas y el aumento de las dimensiones, dando lugar a la aparición de la panera. La panera no es más que un hórreo de mayores proporciones, obligado por las necesidades del cultivo del maíz, de planta rectangular, con el doble de largo que de ancho, por lo que presenta seis pilares o más (también llamados «pegollos»). Son prácticamente exclusivas de Asturias y Galicia.

Las ceberas

Aparecen en las comarcas de regadío de la provincia de Valencia. Se trata de una estructura prismática de planta rectangular que se construye con palos y cañas y con las cubiertas a dos vertientes de teja, madera o paja de trigo. Su misión es secar y conservar la cebolla. Surge con la exportación de este bulbo, ya que antes era un producto de escasa importancia económica. La cebera más primitiva según Josep L'Escrivá fue una adaptación del corral de la barraca, luego el campesino hará una barraqueta parecida a la barraca, para configurarse de la manera actual cuando aparece el auge de la producción.

Esta formada por gruesos listones verticales, con otros atravesados horizontalmente para darle fuerza. La longitud depende de la cebolla que vaya a almacenarse, pero la anchura se mantiene en el metro y la altura en metro y medio.

Campo de Turia. Planta de Utiel y la Huerta son las zonas donde aparece con más asiduidad. (SEIJO 1979:202).

Conclusiones

Hemos tratado de esbozar un panorama resumido de las construcciones de cubierta vegetal de la Península Ibérica. En Portugal existen también chozos, pero no nos ha sido posible consultar que tipo de cubiertas tienen. No obstante se han reflejado las realizaciones más importantes de este tipo de cubiertas. Pero existen otras de las que la documentación es mucho más

dispersa, obligando a una lectura foto a foto de los tomos de Feduchi, para obtener unos datos, que sólo el trabajo de campo puede contrastar y verificar. Así tenemos noticias de la existencia de techumbres vegetales en la entrada de bodegas de Castilla León, de numerosos corrales, tinados y parideras de ambas Castillas y Extremadura (si bien lo usual es el tejado de teja árabe o de piedra) o incluso en otros ejemplos como son lavaderos comunales. La accesibilidad a la materia prima (y no tanto su relativa fácil colocación que como hemos visto no siempre lo es) hacen de este procedimiento solución común, aunque no muy extendida (quizás por los cuidados que requiere). El futuro de estas construcciones pasa indefectiblemente por la voluntad de sus propietarios, entre la oferta tentadora de otros materiales (cerámicos, fibrocementos, etc...) y la voluntad de continuar aplicando el uso de unos materiales que no por tradicionales dejan de ser funcionales en sus contextos respectivos.

BIBLIOGRAFIA

ALEMANY ORELLA, L. MATIAS DELGADO, S. y GARCIA MARQUEZ, F. (1978) *Arquitectura Popular Española* (C. Flores). Madrid. Aguilar.

ALMELA Y VIVES, Francisco (1932). *Alquerías de la Huerta Valenciana*. Valencia.

BAS LOPEZ, Begoña (1980). *Construcciones Populares Galegas La Coruña*. Bankunión.

BAS LOPEZ, Begoña (1980). Un ejemplo de agrupación de hórreos: Bornalle-Abelleira, Coruña. *La Coruña; BRIGANTIUM*; 1; Museo de la Coruña.

BURDALO, Soledad, BUSTOS, Gerardo, DELGADO, Carlos, GARCIA RETUERTA, Madrid; *Guía de Arquitectura Popular en España*. REV. MOPU; 334; MOPU.

CASTILLO, Angel del (1913). *Origen de las pallazas del Cebrero*. La Coruña; *BOL. REAL. ACAD. GALLEGA*, 78.

COBO ARIAS, Lorenzo, CORES RAMBAUD, Miguel y ZARRACINA VALCARCEL, Mati *Los hórreos asturianos. Tipologías y decoración*. Oviedo, Princ. Asturias.

FEDUCHI, Luis (1972). *Itinerarios de Arquitectura Popular Española. La Meseta Septentrional* Barcelona, vol. 1, Blume.

FEDUCHI, Luis (1977). *Itinerario de Arquitectura Popular Española. La orla Cantábrica*. Barcelona, vol. 2, Blume.

FEDUCHI, Luis (1979). *Itinerarios de Arquitectura Popular Española. Los antiguos reinos de 1*, Barcelona, vol. 3, Blume.

FEDUCHI, Luis (1984). *Itinerarios de Arquitectura Popular Española. La Meseta Central - Barcelona*, vol. 5, Blume.

FEDUCHI, Luis BORREGO, Fernando y TEMPRANO, Jesús (1978). *Itinerario de Arquitectura Popular Española. La España Meridional - Barcelona*, vol. 4, Blume.

FLORES LOPEZ, Carlos (1978). *Arquitectura Popular española*. Madrid, 5 vols., Aguilar.

FRANKOWSKI, E. (1918). *Hórreos y palafitos de la Península Ibérica*.

GARCIA FERNANDEZ, José Luis (1979). *El Camino Real del Puerto de la Mesa*. C.O.A. León y Asturias.

GARCIA y BELLIDO, Antonio (1967). *Sobre la extensión actual de la casa redonda en la Península Ibérica* Madrid, *REV. DIALECT. TRAD. POP.*, 23.

GIESE, Wilhelm (1951). *Los tipos de casa en la Península Ibérica*. Madrid, *REV. DIALECT. TRAD. POP.*, 8-4.

GUADALAJARA SOLERA, Simón (1984). *Lo Pastoril en la Cultura Extremeña* Cáceres, El Brocense.

HASLER, J.A. (1966). *Sistemática y ergología del chozo en Extremadura* Badajoz, *REV. EST. EXTREMEÑOS*, 2-3.

HOYOS SANCHO, Nieves (1935). *Chozos circulares*. Madrid, NARRIA, 12 UAM.

JORGE ARAGONESES, Manuel (1967). *Museo de la Huerta*. Alcantarilla. Murcia. Madrid. *GUIAS DE LOS MUSEOS DE ESPAÑA*, 31, M. Educac. y Ciencia.

LUENGO Y MARTINEZ, J.M. (1962). *La arquitectura popular de los Ancares leoneses*. Madrid. *ACT. Y MEN. SOC. ESP. ANT. ETN. Y PREH.*, 23/24/25.

MARTINEZ RODRIGUEZ, Ignacio (1979). *El Hórreo Gallego*. La Coruña.

MUCHAVILA, A. (1918). *La Barraca Valenciana*. Madrid.

NAVAJAS, Pablo (1983). *La arquitectura vernácula en el territorio de Madrid*, Madrid, Dip. Madrid.

RIANCHO, J. (1945). *Los hórreos montañeses*, Santander, *ALTAMIRA*, 2-3.

SEIJO ALONSO, Francisco G. (1979). *Arquitectura rústica en la región valenciana* Alicante. El autor.